ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

INDUSTRIA MODERNA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

ANTONIO ZAMORA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1880.

ADICION AL CATALOGO DE 1.º DE ENERO DE 1880.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
3	3	Á gusto de todos—j. o. v.....	1	D. Pedro Gorriz.......	Mitad.
»	4	Amor, parentesco y guerra...	1	Sres. Aza y Estremera..	Todo.
3	1	Buena boda—c. o. v.........	1	D. Juan J. Herranz.....	»
3	2	Cada uno en su casa—p. o. v..	1	Juan J. Herranz.....	»
2	2	Cambio de vía—j. o. v.......	1	Ramon Marsal......	»
2	3	Dei nfantería de marina-j. o. p	1	J. Sanchez Albarran	»
12	3	De madrugada—s. o v.......	1	Juan Utrilla........	»
		De soldado á Brigadier.......	1	José María Anguita..	»
2	2	De tiros largos—j. a. p......	1	Sres. R. Carrion y Aza..	»
2	4	¿Dónde está la levita?-j. o. p..	1	Shez. Castilla y G. de Cádiz........ ..	»
3	2	Dónde está mi hija—j. o. v...	1	D. José Olier.	»
6	2	¡Ecce homo!—p. o. p	1	Manuel Matoses.....	»
2	3	El marido de la viuda-c. a. p.	1	Salvador Lastra.....	»
3	3	El nido de amores—j. o. p. .	1	Roque F. Izaguirre..	»
3	2	El primer indicio..	1	Ramon de Marsal...	»
5	1	El Señor de Taravilla—j. a. p.	1	Camilo Sevielo......	»
7	2	El toro de gracia—s. o. v....	1	Eduardo Palacio....	»
		En el portal de mi casa......	1	Juan Maestre.......	»
3	3	En la boca del lobo—j. o. p..	1	Ramon Marsal......	»
3	2	Entre dos fuegos—j. o. p.....	1	Eusebio Sierra......	»
1	2	Ganar tiempo—j. o. v........	1	José Estremera.....	»
7	2	Industria moderna..........	1	Antonio Zamora ...	»
		La cuarta plana.	1	R. Romera.........	»
3	1	La de San Quintin—j. o. p. ..	1	José Estremera.....	»
2	2	La señora de P.***—c. o. v...	1	A. Alcon...........	Mitad.
3	4	Las cursis burladas—s o. v .	1	Javier de Burgos....	Todo.
8	3	Los dilletanti—j. o. p........	1	Javier de Burgos....	»
		Los Todos santos—s. o. v....	1	Jaxier de Burgos....	»
3	2	Meterse á redentor—j. a. p...	1	Salvador Lastra.....	»
3	2	Mr. Antoine—j. o. p.........	1	Mariano Barranco.,..	»
»	»	No era su mujer............	1	Mariano Barranco...	»
4	2	Panacea sin igual—j. o. v....	1	J. Manuel Ascandoni.	»
3	2	Por atrevido—j. o. v........	1	Gerardo Peña......	»
		Que se lo cuento á mi tio....	1	E. Segovia Rocaberti.	»
5	3	Quién seré yo—j. o. p.......	1	E. Shez. Castilla....	»
5	1	Salir de Málaga—j. o. v......	1	Gaspar Marqués....	Mitad.
3	3	Seguir la pista..............	1	J. Escudero........	»
4	2	Seguros contra incendios....	1	Gaspar Marqués	»
3	1	Siempre amigo—j. o. p......	1	A. Alcon...........	»
4	2	Sin atadero—j. o. p	1	E. Sanchez Castilla..	Todo.
2	2	Un modelo de suegras-j. o. v.	1	José Olier.	»
3	2	Voz de alerta—c. o. v.......	1	Mariano Barranco...	»
3	1	Zapatero á tus zapatos-p. o. v.	1	Ramon Marsal......	»
3	3	El mejor partido—c. o. v....	2	A. Alcon...........	Mitad.
4	6	Los cursis—c. o. v....... ...	2	Juan J. Herranz.....	Todo.
5	4	Plaga doméstica—c. a. p.....	2	D. Salvador Lastra.....	»
		¡Adios, Madrid!.............	3	Sres. R. Carrion y Aza.	»

INDUSTRIA MODERNA.

INDUSTRIA MODERNA,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

ANTONIO ZAMORA.

Representada por primera vez en el Teatro de VARIEDADES el 26 de Octubre de 1880.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
CAROLINA	DOÑA J. ESPEJO.
JUANA	DOÑA A. RODRIGUEZ.
EL CONDE	D. JOSÉ VALLÉS.
JOSÉ	J. J. LUJAN.
DON POLICARPO	J. ALVERÁ.
DON CÉSAR	J. PALACIOS.
CRIADO 1.°	E. SANCHEZ.
CRIADO 2.°	J. MANZANARES.
CRIADO 3.°	(No habla.)

A

MARIA DE LA FUENSANTA MORENO,

NOTABLE BAILARINA ESPAÑOLA.

En recuerdo de nuestro viaje por Oriente, la ofrece este humilde trabajo, su admirador

A. ZAMORA.

ACTO ÚNICO.

La escena representa un gabinete elegantemente amueblado. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, D. POLICARPO, por el foro derecha.

JUANA. Buenas tardes, señor don Policarpo.

POLIC. Adios, Juanita.

JUANA. ¿Qué viento trae á usted por esta casa?

POLIC. El del miedo.

JUANA. Miedo?

POLIC. Sí. Tengo mucho miedo á tu señorita. Me han dado noticias muy graves acerca de la intimidad con que trata á ese Conde del Salto, que se nos ha entrado por las puertas diciéndose pariente nuestro, y á quien yo no conozco siendo de la familia.

JUANA. Tiene usted razon en incomodarse. Yo veo aquí ciertas cosas que no se pueden tolerar.

POLIC. Cuéntame. Cuéntame lo que sepas, Juanita. Tal vez entre los dos podamos salvar á mi sobrina.

JUANA. Si usted me promete no descubrirme...

Polic. Jamás. Te lo aseguro.

Juana. Pues bien. Si no me engaño, ese señor conde es tan pariente de la señorita como mio. Lo que yo me figuro es que la señorita está enamorada de él, y han echado á volar lo del parentesco á fin de que el conde pueda vivir aquí tranquilamente y las gentes murmuren ménos de la imprudencia que comete su sobrina alojándole en su casa.

Polic. Igual sospecha me asaltó á mí desde el primer momento, y del mismo modo califiqué y censuré su conducta. Juana, es necesario salvar á toda costa á tu señorita, á quien creo más ofuscada que culpable. El amor nos hace cometer las acciones más nobles y las más indignas. Tú me ayudarás en todo, ¿no es verdad? Cuento contigo á discrecion.

Juana. En todo y para todo.

Polic. Eres una excelente muchacha. Avisa á mi sobrina que deseo hablarla.

Juana. Al instante. (*Váse.*)

ESCENA II.

D. POLICARPO.

Necesario es á toda costa hacer ver á esa criatura el peligro que la cerca. Emplearé la persuasion, me valdré de cuantos medios me sugiera mi experiencia para librarla de las manos de este Conde, que mucho me temo no sea otra cosa que un industrial distinguido.

ESCENA III.

D. POLICARPO, CAROLINA.

Carol. Buenas tardes, mi querido tio.

Polic. Adios, sobrina querida!

Carol. ¿Á qué debo la fortuna de tenerle hoy por esta casa?

Polic. Conoces mi franqueza y no te ocultaré nada.

CAROL. Por lo que veo toma la visita carácter de conferencia grave.

POLIC. Sí.

CAROL. Me tiene usted curiosa é impaciente. Hable usted.

POLIC. Pues escucha. Tú sabes que tu difunto esposo me encomendó en sus últimos momentos que velara por tí y por tu honor como por el mio propio.

CAROL. Así lo hace usted y yo se lo agradezco.

POLIC. Tambien me confió todos sus intereses.

CAROL. Que cuida usted á mi completa satisfaccion.

POLIC. Gracias. Carolina, yo he creido siempre que el estado más falso y más difícil para la mujer es la viudez. La libertad, don divino é indispensable para el hombre, es el peor enemigo de la mujer. Por lo tanto yo creo que tú debías pensar en salir de este estado; eres jóven, bella, rica, y no te han de faltar ventajosos partidos. Sin ir más lejos, mi amigo don César, que tanto te quiere y á quien todos conocemos, sabes que me ha pedido tu mano repetidas veces. No es jóven, pero no es ridículo. Es rico y no es tacaño. Si no representa la pasi on, representa el juicio, que vale más. En una palabra, creo que este matrimonio te conviene bajo todos conceptos. Y al propio tiempo matarías tambien la calumnia, que empieza á levantar su envenenada cabeza contra tí.

CAROL. Tio, la franqueza ha sido siempre y será en mí el vicio más censurable ó la mejor virtud. Ni nunca engañé ni jamás engañaré á nadie. ¿Usted quiere conocer mi pensamiento? Lo va usted á conocer de una vez para siempre. Mi intencion es dar mi mano y mi cariño al Conde del Salto, porque á él y sólo á él quiero con mi alma. No ignoro que se dice que el Conde no es pariente mio. Realmente no lo es, no es de mi familia, es simplemente el elegido de mi corazon.

POLIC. Y te casarás con él?

CAROL. Con seguridad.

POLIC. Reflexiónalo bien. Piensa que ni tú ni yo sabemos de

dónde viene ni á dónde va. Que su posicion no debe ser muy buena y su conducta no es ni muy clara ni muy digna.

CAROL. Tio!...

POLIC. No le calumnio: conozco varias indignidades suyas, entre ellas la que ha hecho á nuestro amigo don César sacándole cuatro mil reales con embustes y enredos, y cuyo dinero no hay forma de cobrárselo.

CAROL. Tio, valerse de esos medios para desacreditar á un hombre es poco digno.

POLIC. No invento, digo la verdad! Fuera él más delicado, y yo no tendría ocasion de censurarle!

CAROL. Sea como quiera, delante de mí al ménos, le ruego hable con más miramiento del hombre que ha de ser mi esposo.

POLIC. Razon tienes. Nada más inútil que dar consejos á un loco. Pero hice una promesa á tu difunto esposo y debo cumplirla como hombre de honor, cueste lo que cueste!

CAROL. Bien. Dejemos por hoy, si le parece, esta enojosa conversacion.

POLIC. Dejémosla.

CAROL. Y si no tiene otra cosa mejor que decirme...

POLIC. ¿Tambien te estorbo? No me sorprende. Te dejo, te dejo!

CAROL. No: soy yo la que se retira. Usted está siempre en su casa. Adios.

POLIC. Gracias, gracias. ¡Ojalá no te arrepientas tarde! (Vánse.)

ESCENA IV.

JOSÉ, por la primera puerta.

Anda y que te aguante el dios Neptuno! Otra y qué bien! Este quiere siempre mandar y que yo no diga náa! Él quiere siempre ser el arriero y yo el burro! Verdad es

que así lo hemos tratado, y los hombres no deben volverse atrás. El dia que yo dejé el honrado oficio de moler chocolate y él el de venderle, me dijo: «Oyes tú, chíquio, tú trabajas mucho y ganas poco: yo gano poco y trabajo mucho. Estamos iguales. Yo no tengo dinero, pero tengo chirúmen: tú no tienes chirúmen, pero tienes algunos cuartejos. ¿Quiés que ajuntemos tus cuaernas con mis sesos, y vámonos por ahí á buscar mejor fortuna?»—Pues vamos,—le dije.—Le entregué todos mis ahorrillos, mus metimos en un coche del trem y á Madrid. Andando de un lado para otro, dimos con un amigo suyo que nos ha vestido á los dos, á él de lechuguino y á mí no sé de qué. Tambien por él hicimos conocencia con un monton de señorones y con el ama de esta casa, que es lo mejor que yo he visto en mi vida, porque es muy guapa, muy viuda, y nos da de comer muy bien. Ella está pirrada por él y él se deja querer. En tóo Aragon hay otro tunico como Gregorio. Aqui pasa por el Conde del Salto, y allí nunca ha pasado del mostrador. Yo paso por su criado y pasaré por cualquier cosa, porque en esta tierra tóo se lo creen. En Zaragoza oía yo decir que en Madrid era donde las gentes sabían más y eran más tunos; y por lo que llevo visto, los madrileños sí que son los mayores tontos que hay en el mundo, ó los más lilas, como ellos dicen.

ESCENA V.

JOSÉ, el CRIADO 2.°

CRIADO 2.° ¿Se puede entrar?

JOSE. Hasta donde usted quiera.

CRIADO 2.° ¿Me haría usted el favor de decirme si está en casa el señor Conde del Salto?

JOSE. Está, pero roncando. Si quiere usted algo yo soy su criado.

CRIADO 2.° Entónces, hágame usted el favor de entregarle cuando se levante, esta carta y este estuche.
JOSE. Descuide usted.
CRIADO 2.° No se le olvide.
JOSE. Quiá!—De parte de quién le digo?
CRIADO 2.° Ya lo sabe él. Adios.
JOSE. Vaya usté con él.

ESCENA VI.

JOSÉ.

¿Qué habrá en el estuche? Miá qué majico! Un reloje. Pues! Siempre sucede lo mismo: á él le regalan muchas cosas y á mí náa. Como no sea algun tozolon cuando se me olvida decirle usía. No: pues el reloje este... paece... paece... que me está así como guiñando... No: y la verdad es que debería quedarme con él, primero, porque si la señorita Carolina se enterara, tendríamos un disgusto; y luégo, porque yo podría venderle y mandar á Zaragoza los diez duros que me prestó el Romo del arco Cineja cuando nos vinimos. Ademas, nuestro trato fué que partiríamos todo lo que tuviéramos. Hasta hoy nada hemos partido; alguna vez ha de ser la primera. Por aquí se empieza; para él la carta, para mí el reloje.

ESCENA VII.

JOSÉ, el CONDE, por la primera puerta izquierda, elegantemente vestido.

CONDE. José!
JOSE. Señor!
CONDE. ¿Hay alguna novedad?
JOSE. Ninguna, usía.
CONDE. Así se dice.

JOSE. Solo esta carta que ha traido un criado para usía.

CONDE. ¿Cómo se entrega? Cómo? (*Coge José de encima de la mesa una bandeja con la mano izquierda y la carta con la derecha, y le presenta las dos manos. Al decir el Conde «¿cómo?» es cuando pone la carta en la bandeja.*) Ajajá! (*El Conde lee la carta.*) Dame el reloj.

JOSE. Qué reloje?

CONDE. El que dice esta carta que te han entregado.

JOSE. Yo no oigo que diga nada esa carta.

CONDE. Lo dice, porque está escrito en ella, bruto!

JOSE. No pongas motes, usía!

CONDE. Bien. Dame el reloj.

JOSE. Mira, Gregorio. El reloje este no quiero dártelo porque lo necesito yo. Tú sabes que el Romo me prestó diez duros cuando nos vinimos, y con este reloje puedo pagarle y pata.

CONDE. Pata, pata! El pagar si que tiene pata! Pagar? Nunca! No se paga á nadie. Las gentes ordinarias como tú son las únicas que pagan: los caballeros no pagamos nunca.

JOSE. Como no he sido nunca caballero no sabía esa costumbre.

CONDE. Dame el reloj!

JOSE. No te lo doy, porque quiero empezar á ser caballero.

CONDE. Bueno, quédate con él y yo me guardaré todos los regalos que me han hecho hasta hoy y los que me hagan en adelante.

JOSE. Qué te has de guardar!

CONDE. Que no? Me los guardaré todos y encima te daré un puntapié para que te acuerdes de no pedir más! (*Le da un puntapié.*)

JOSE. Ay! ay! ay!

CONDE. Calla, animal! Calla y pasa, pasa! (*José pasa por delante del Conde sin sospechar que le va á pegar otro.*)

JOSE. Ay! ay! ay!

CONDE. Te vas enterando? Te voy á romper algo que no te sirva, para que no te propases á hacer lo que no debes! —Pasa, pasa!

JOSE. Señor Conde!...

CONDE. Pasa, pasa! (Pausa.) (Al pasar le da á José el tercer puntapié.)

JOSE. Ay! ay! ay! Ea, se acabó! Ahora verás.—Señorita Carolina, señorita Carolina!...

CONDE. Por qué llamas?

JOSE. Por qué? Ya te irás enterando. Tú me has levantado el pie y yo voy á dejarte sin comer. Yo diré á la señorita Carolina que tú no eres conde, ni caballero, ni náa, sino un tuno, un bribon, un *macando* de una tienda de Zaragoza. Que no has tenido en tu vida más que sabañones en las orejas. Ahora verás!—Señorita Carolina! Señorita Carolina!...

CONDE. Calla, José, calla! Quédate con el reloj y con todo lo que quieras, pero no me descubras!

JOSE. Lo que yo quiero por ahora es no quedarme con los puntapiés que me has dado. Quiero que sean á medias como hemos convenido que sea todo. Así me callo. Conque pasa.

CONDE. Cómo?

JOSE. Cómo? Otra! Ya sentirás cómo son!

CONDE. ¿Te atreverías, canalla?

JOSE. Sí, eh?—Señorita Carolina!

CONDE. Por Dios!...

JOSE. Pasa, pasa!

CONDE. Repito... (Pasando.)

JOSE. Alza! (Le da un puntapié.)

CONDE. Ay! ay! bruto, animal!

JOSE. Sí, bruto, sí! Pasa, pasa!

CONDE. Lo que voy á hacer es romperte la cabeza!

JOSE. Sí, cabeza! Señorita Carolina, venga usted para que sepa que este conde es un...

CONDE. Calla, calla!

JOSE. Pues pasa, pasa! (El Conde pasa.) Toma condado! (Le da el segundo puntapié al Conde.)

CONDE. Granuja!

JOSE. No te vayas, que aún falta otro!

CONDE. Otro?

JOSE. Sí. Vamos á partir á tres por... barba. Alza! alza!

CONDE. José!

JOSE. Conde, pasa! (Pasa el Conde y le da José el tercer puntapié.) En paz!—¿Qué manda usía ahora?

CONDE. Ya me las pagarás, descuida!—Toma, toma. Echa esas cartas en el buzon del estanco. Estas las llevas tú mismo. Esta es para la condesa del Pino. Ya sabes donde vive. Esta á la señora de la Romana. Esta para la mujer del administrador de loterías, ya sabes.

JOSE. Sí. No le ha caido mal premio contigo en su administracion!

CONDE. Esta para Teresita en propia mano.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. POLICARPO.

POLIC. (Dentro y dando golpes en la puerta.) Se puede?

CONDE. ¿Quién será? Pregunta.

JOSE. Don Policarpo, ¿no le conoces?

CONDE. Dile que no estoy en casa.

JOSE. Mi amo dice que no está en casa.

CONDE. Bruto! bruto! bruto!

JOSE. ¿No me has dicho que le diga que no estás en casa?

CONDE. Abre la puerta.

JOSE. Bueno.

CONDE. Señor don Policarpo, tanto tiempo sin tener el gusto de ver á usted: tengo un verdadero placer en saludarle.

POLIC. Gracias, señor Conde.

CONDE. Á Carolina le pregunto siempre por su salud.

POLIC. Gracias.

CONDE. Debe usted estar orgulloso con una sobrina como Carolina, que tanto le quiere y tanto le respeta.

POLIC. Gracias.

CONDE. José!

JOSE. Señor!

CONDE. El baston y el sombrero.

JOSE. Al momento. (Coge ambos objetos sobre una de las mesas del foro.)

POLIC. Señor Conde, desearía...

CONDE. José!

JOSE. Señor!

CONDE. Te espero en el café de siempre. Has entendido?

JOSE. Sí señor.

CONDE. Señor don Policarpo, siento en el alma no poder detenerme más tiempo para que echáramos un párrafo. Tengo un sin fin de asuntos que reclaman mi presencia. Hasta otra vez. Beso á usted la mano. (Váse.)

POLIC. Es un trapisonda completo!—Veamos si por el criado...—Oye tú, José; tú que estarás enterado de los negocios del señor Conde...

JOSE. «José!»—Señor!—«El baston y el sombrero!» (Coge del foro su baston y sombrero.)

POLIC. Déjate de bromas y oye. Si me dices lo que sepas respecto á las relaciones que existen entre tu amo y mi sobrina, te doy...

JOSE. «José!»—Señor!—«Te espero en el café de siempre!» «Perdone usted, don Policarpo, mis muchas ocupacio-ciones no me dejan escucharle más.» Servidor de usted. (Al marcharse, y mientras se pone el sombrero, deja caer una de las cartas que ha tenido en la mano.) No se moleste usted, gracias, gracias. (Váse.)

ESCENA IX.

D. POLICARPO, solo.

Tan bribon y tan tunante eres tú como tu amo! Calla! Esta carta se le ha caido! ¿Para quién será? No tiene direccion. Si fuera para alguna mujer, esta prueba nos bastaría para desengañar á Carolina.—No, es muy delicado abrir una carta aunque sea de un bribon, pero el fin justifica los medios. Fuera escrúpulos!—Demonio! Qué letra tan diminuta, no logro enterarme bien. «Te-

resa.»—Hola! es para la antigua inquilina del principal!»—«El estar lejos de mi adorada Teresa...»—Ciertos son los toros!—Te pillé!

ESCENA X.

D. POLICARPO, CAROLINA.

POLIC. Perdona, Carolina, si vuelvo á importunarte.

CAROL. No diga usted nunca eso, mi querido tio.

POLIC. Quería decirte algo que me olvidé! Pero ántes ve si esa carta que se le ha caido aquí hace un momento al criado del Conde, es para tí.

CAROL. Á ver, á ver! De seguro será para mí.

POLIC. Léela y lo sabremos con seguridad.

CAROL. Ah, infame! villano! traidor! Engañarme...

ESCENA XI.

DICHOS, JUANA.

JUANA. ¿Qué sucede, señorita?

CAROL. Mira, Juana, mira. Lee esa carta que hemos encontrado aquí del infame Cárlos!...

JUANA. Del Conde?

CAROL. Sí, sí. Léela, Juana, léela y dime si no tenía yo razon en sospechar de nuestra vecinita. Qué villanía, qué indignidad!...

JUANA. Sí que lo es! Despréciele usted como se merece, y escuché los consejos de su señor tio, que tan de veras la quiere.

CAROL. Tienes razon.—Querido tio, perdóneme usted mi locura pasada, y para probarle mi enmienda, quiero seguir en un todo sus consejos. Le autorizo para que diga á nuestro amigo don César que tendré mucho gusto en recibirle y hasta acogeré con placer sus proyectos, y al mismo tiempo para que ponga al amo y al criado en medio de la calle ahora mismo.

POLIC. Voy con mucho gusto, porque eso es lo que te conviene.—Hola, buena pieza, ya te daré luégo un recadito. (Váse.)

ESCENA XII.

CAROLINA, JUANA, JOSÉ.

CAROL. Entra, entra.

JOSE. Para servir á usted, señorita.

CAROL. Gracias.—Oye; vas á buscar á tu amo y le dices de mi parte que no quiero volverle á ver más; que se ponga de patitas en la calle. ¿Has entendido? (Dándole un golpe con la mano en el hombro derecho.)

JUANA. Has oido? (Idem en el izquierdo.)

CAROL. Que el engaño está descubierto. Que no quiero tolerar por más tiempo sus farsas y sus tapujos! ¿Has entendido? (El mismo juego.)

JUANA. Has oido?

CAROL. Y que si esta tarde misma no desocupa sus habitaciones, mis criados le pondrán á él y á sus trastos en la calle. ¿Has entendido?

JUANA. Has oido?

CAROL. Ea, buen viaje!

JUANA. Salud! (Vánse las dos.)

ESCENA XIII.

JOSÉ.

Infame! infame! infame! Gregorio, se nos acabó la breva. Nos quedamos como al principio, otra vez á moler cacao.

ESCENA XIV.

JOSÉ, el CONDE.

CONDE. Ya estoy de vuelta.

JOSE. Ah, tuno, tuno! Por tu culpa nos limpian aquí el comedero, nos echan á la calle. Por tu culpa perdí primero la fábrica de chocolate, y por tu culpa perderé la fábrica del apetito!

CONDE. No te entiendo una palabra.

JOSE. No, eh? Ya lo irás entendiendo cuando se te apolillen los dientes de no usarlos.

CONDE. Quieres hablar claro?

JOSE. Hace un momento que aquí, en este mismo sitio, la señorita Carolina y su doncella me han hablado así «Anda, vé á buscar á tu amo y dile que se plante de patitas en la calle. ¿Has entendido? Has oido?» (Le da un golpe en cada hombro como hicieron con él Carolina y Juana en la escena anterior.)

CONDE. Qué?

JOSE. «Que no quiero más farsas ni más tapujos. ¿Has entendido? ¿Has oido?» (Repitiendo el mismo juego.)

CONDE. De veras?

JOSE. «Y si no hace caso, mis criados os pondrán á tí y á tu amo y á vuestros trastos en la calle. ¿Has entendido? ¿Has oido?» (Lo mismo.)

CONDE. Y es eso todo?

JOSE. Te parece poco? No comer más de bóbilis!...

CONDE. Comerás, comerás, no tengas miedo.—Carolina se acerca: déjame solo.

JOSE. Arregla al ménos lo de la comida, porque si no, canto claro.

CONDE. Vete. (Váse José.)

ESCENA XV.

EL CONDE, CAROLINA.

CONDE. Querida Carolina!...

CAROL. Un momento, caballero, un momento. Lea usted esa carta y despues dígame usted lo que quiera. Á ver si su audacia encuentra medio de disculparse!

CONDE. (La carta que yo escribí á Teresa! Ese imbécil me ha vendido!)

CAROL. Esta letra es de usted!

CONDE. Mia es.

CAROL. Esta carta es para Teresita Pajé, nuestra antigua vecina.

CONDE. Perdone usted que le diga que esa es una suposicion, porque el sobre está en blanco.

CAROL. Negaría usted la luz.

CONDE. No, la luz, no; pero esta carta, sí.

CAROL. Entónces ¿para quién es? Vamos ¿para quién es esta carta, responda usted? Pronto!

CONDE. (Que habrá estado leyendo la carta desde que se la entregó Carolina, dice rápidamente.) (Me salvé!) Para usted.

CAROL. Qué osadía!

CONDE. Para usted, sí señora, para usted. Este es el borrador de una carta que yo escribí á usted uno de estos dias pasados que dedicó á hacer visitas, y que no tuve el gusto de verla por este motivo.

CAROL. Mentir es.

CONDE. Yo no miento jamás. Léala usted, léala y veamos quién tiene razon. El inocente no teme, y yo,—ya lo ve usted,—la desafío á que me pruebe lo que dice. Lea usted.

CAROL. Porque la he leido le acuso.

CONDE. Hágame usted el favor de leer esa carta de nuevo.

CAROL. Voy á complacerle y á confundirle con sus frases. «El »estar lejos de mi adorada Teresa, no aminora mi ca- »riño, ántes bien se aumenta cada dia el fastidio que »me causa con sus amores Carolina. Usted sola es la »dueña de mi corazon, de mi alma: mi pensamiento »entero es de usted, y en prueba de ello, querida Tere- »sa; aborrecible, indiferente me es y será todo lo que »no sea usted; se lo asegura de todas veras su apasio- »nado. El Conde del Salto.»

CONDE. Já!... já!... já!... já!...

CAROL. Conteste usted.

CONDE. Já!... já!... déjeme usted que me ria... Já!... já!... Y dispense usted que la diga que no sabe usted leer.

CAROL. Que no sé leer?

CONDE. Que no sabe usted leer, ó que tiene turbada la vista por la ira.

CAROL. Si yo no sé leer, lea usted.

CONDE. Lo haré y se convencerá. (Si salgo de este lio con bien soy más listo que un empleado de la Deuda!) «El estar lejos de mi adorada, coma, Teresa, coma, no aminora mi acendrado cariño, coma, ántes bien, se aumenta cada dia el fastidio que me causa con sus amores, punto. Carolina, usted sola es la dueña de mi corazon; coma, de mi alma: mi pensamiento entero es de usted, y en prueba de ello, querida, coma, Teresa aborrecible, coma; indiferente me es y será todo lo que no sea ella: se lo asegura de todas veras su apasionado. El conde del Salto.» ¿Está usted convencida? ¿Tengo razon?

CAROL. Dios mio!

CONDE. Y ahora que ya está probada mi inocencia, ahora que sabe cuánto la quería, ahora que ve cuán injustamente he sido calumniado, ahora es cuando yo me voy de esta casa para siempre.

CAROL. No, Cárlos, no!

CONDE. Despues de haber sospechado de mí tamaña iniquidad no puedo permanecer aquí ni un minuto.

CAROL. Basta, por Dios, Cárlos. ¿Quieres que te pida perdon por mi ligereza? Pues bien, perdóname en gracia de lo mucho que te quiero!

CONDE. Perdonada estás. Ante el amor que me ofreces todo lo olvido, porque á tí y sólo á tí quiero en el mundo!

CAROL. ¡Cuán feliz me haces asegurándome tu cariño! Permíteme que te deje un momento para evitar una nueva tontería mia.

CONDE. Otra?

CAROL. Sí, no quiero ocultarte nada. Llena de ira y celosa, dí encargo á mi tio de que trajera á don César para arreglar mi boda con él. Perdóname.

CONDE. ¿Y hubieras tenido valor para unirte á otro hombre?
CAROL. No me mortifiques y olvídalo todo.
CONDE. Olvidado.
CAROL. Qué bueno eres, Adios. Cárlos mio! (Váse.)
CONDE. Adios, mi cielo!

ESCENA XVI.

EL CONDE, JOSÉ, á poco D. POLICARPO.

JOSE. Comemos ú no?
CONDE. Ahora te lo diré, canalla! ¿Cómo ha ido á manos de Carolina la carta que yo te dí para Teresa?
JOSE. Otra! No lo sé.
CONDE. Conque no lo sabes? Eh?
JOSE. Que viene gente!
CONDE. Quién es?
POLIC. Servidor de usted.
CONDE. Hola!...
POLIC. Señor Conde, con gran sentimiento mio tengo que cumplir un encargo de mi sobrina Carolina.
CONDE. Usted dirá.
POLIC. Que no pueden ustedes permanecer por más tiempo en esta casa, porque mi sobrina va á tomar estado.
CONDE. Sí, eh? Pues lo mismo le ordeno yo. ¿Ha oido usted? (Le dan un ligero golpe en el hombro á D. Policarpo, repitiendo el juego de las escenas anteriores.)
JOSE. Lo ha entendido usted?
CONDE. Estoy harto de sufrir su presencia y no quiero tolerar por más tiempo que siga visitando esta casa un hombre que sólo viene á ella con el deliberado propósito de hacerme mal. ¿Ha oido usted?
JOSE. Lo ha entendido usted?
CONDE. Infame!...
JOSE. Infame! (Vánse los dos.)

m P. Y.

ESCENA XVII.

D. POLICARPO, á poco D. CÉSAR.

POLIC. Ah bribon! De seguro ha vuelto á engañar á mi sobrina! Pero á mí no me engaña! No se ha de burlar de mí! Poco he de poder ó le descubro todas sus truhanerías! Lo que siento es el pobre de don César á quien he invitado á venir para hablar con mi sobrina, y va á creer que esto es una burla de mál género. Corro á prevenirle. Ya es tarde, ya está aquí.

CESAR. No creo haberme hecho esperar mucho.

POLIC. Más le valiera no haber venido.

CESAR. Por qué?

POLIC. Porque, ó mucho me engaño ó ese bribon de Conde ó lo que sea, ha debido embaucar de nuevo á Carolina.

CESAR. Es posible?

POLIC. Es seguro.

CESAR. Don Policarpo, usted comprenderá que yo no puedo seguir siendo por más tiempo juguete de todos, y ménos de ese farsante, á quien no he querido evidenciar delante de Carolina por respeto á mí mismo. Por él recibo este nuevo desaire. ¿Por él pierdo á Carolina? Pues se acabaron los miramientos! Ojo por ojo, y diente por diente! Hoy mismo voy á reclamarle el sablazo que me dió de doscientos duros, y ó me los paga ó le llevo ante los tribunales, le dejo en poder de cualquier escribano y ya tiene bastante!

POLIC. Don César, déjeme usted hacer á mí. Tengo una idea que voy á poner en práctica ahora mismo, con la cual, ó mucho me equivoco ó le quitamos la máscara con que se encubre. Tenga usted la bondad de esperarme breves momentos, ínterin pongo mi plan en ejecucion. (Váse.)

ESCENA XVIII.

D. CÉSAR, el CONDE, JOSÉ.

CESAR. Aquí el señor Conde....

CONDE. Servidor de usted, señor don César. Cuánto tiempo que no teníamos el gusto de verle!

JOSE. (Ojo! que este viene por los cuartos!)

CONDE. (Calla!)

CESAR. Dejemos á un lado los cumplimientos. Ya se figurará usted el objeto de mi visita. (D. César le indica que le pague, restregando el dedo pulgar sobre el índice.)

CONDE. José, ofrece una silla al señor don César.

CONDE. Siéntese usted.

CESAR. Gracias.

JOSE. Siéntese usted.

CONDE. (Ofreciéndole un cigarrillo y tomando él otro.) Un cigarrillo.

JOSE. Un fósforo! (José le ofrece un fósforo encendido.)

CESAR. Gracias.—Pues como decía á usted, señor Conde, mi venida tiene por objeto...

CONDE. Ante todo, su salud buena, eso se vé. Me alegro mucho. En su casa todos sin novedad, lo celebro. Nada tan caro como la salud. El último dia que tuve el gusto de estar en su casa á ofrecerle mis respetos y no le encontré, conocí á sus sobrinos. Qué guapos chicos! Qué listos! tan listos como su tio!—Me han dicho que ha comprado usted un hotel en la Castellana. Espero que me lo enseñará. Ha hecho usted bien, porque aquellos aires son muy puros. El tronco de caballos tordos que lleva usted ahora al Retiro me parece muy bueno; me lo enseñará usted un dia despacio. Ya sabe usted que yo soy un buen aficionado. (Mira el reloj.) Perdóneme si no estoy más tiempo en su amable compañía; un negocio importante me reclama lejos de aquí. Usted se queda en su casa. No olvide usted que aquí seguimos comiendo á las ocho y que tendríamos mucho gusto en

que nos honre con su presencia. ¡Se le quiere á usted por aquí mucho, mucho. Conque, don César, hasta otra vista. Adios, adios. (Váse.)

CESAR. (No conozco en el mundo otro hombre más desahogado!)

JOSE. (Qué bien habla!)

CESAR. (Aunque me costara mil duros, le aseguro que se ha de acordar de mí!) Tú, buena pieza, ven acá. ¿Quieres darme á cambio de una moneda de cinco duros, noticias detalladas sobre la vida de tu amo?

JOSE. Oh! señor don César, con mucho gusto. Siéntese usted. (José hace sentar á D. César y él le dice el diálogo siguiente parodiando al Conde.) Ante todo: ¿su salud buena? Me alegro. ¿Los sobrinos tan listos como usted? Lo celebro. ¿Los caballos sin novedad, lo mismo que el resto de la familia? Eso es bueno. Celebraré que todos conserven bien la dentadura y el apetito. No puedo por hoy decirle más porque tengo mucho que hacer, otro dia seré más largo. Ahí se queda usted sentado ó de pie, como en su casa. Le beso á usted... cualquier cosa, y diquiá luégo. No se moleste usted, gracias, gracias. (Váse.)

CESAR. Bribones, tunantes!

ESCENA XIX.

D. CÉSAR y D. POLICARPO.

POLIC. Qué es eso? Qué ocurre?

CESAR. Qué ha de ocurrir? Que jamás ví en mi vida dos seres más desvergonzados que el Conde y su criado!

POLIC. Usted no lo sabe bien! Pero tranquilícese. Les he tendido una red y muy en breve creo que los veremos sin poder salir de entre sus mallas.

CESAR. Digame usted algo...

POLIC. Entre usted á saludar á Carolina, que le espera, y despues le impondré de todo.

CESAR. Vamos, vamos! (Vánse.)

ESCENA XX.

EL CONDE, á poco JOSÉ y el CRIADO 1.°

CONDE. Se fueron ya?

JOSE. Sí. Han entrado en la habitacion de la señorita Carolina.

CONDE. José, aquí estamos mal. Esos hombres me van á poner en ridículo ante Carolina, y no voy á poder pescarla los cuartos. Lo mejor que podemos hacer es darla dos ó tres sablazos de los que tú sabes que yo largo y marcharnos á París.

JOSE. Á París de Francia?

CONDE. No seas ignorante; á París de todo el mundo. Allí conocen ménos el sable que aquí, á pesar de sus adelantos en la esgrima. Allí hay más sabios pero ménos castañeros. Créeme; al llegar allí me cambio el título, me presento como un personaje que viaja de incógnito, haremos dos ó tres negocios y á otra parte con el sable. Allí elevaremos al rango que merece nuestra industria moderna.

JOSE. Chico, chico! Yo no he nacido para eso. Soy muy aragonés y muy poco industrial.

CRIADO 1.° El señor conde del Salto?

CONDE. ¿Qué se le ofrece á usted?

CRIADO 1.° Desearía hablarle.

CONDE. Hablándole está usted.

CRIADO 1.° ¿Usted me permite que le diga dos palabras reservadamente?

CONDE. Diga usted. (El Conde le hace una seña á José para que se retire.)

CRIADO. 1.° Una señora, muy señora, jóven y linda, me ha mandado entregar á usted esta carta con la mayor reserva y que se sirva usted contestarme.

CONDE. (Despues de leer la carta.) La contestacion iremos los dos á llevársela. Hágame usted el favor de mandar acer-

carse á la puerta de casa un simon de la esquina próxima y espéreme usted en él, que al momento bajo.

CRIADO 1.° Está muy bien. (*Váse.*)

JOSE. Oye; ¿qué te quería ese?

CONDE. Casi nada; darme una carta de una mujer de *primera*, segun me ha dicho.

JOSE. Otro lío?

CONDE. Descuida. Todas las mujeres á quienes yo me dirijo es con su cuenta y razon.

JOSE. Léeme la carta á ver qué te dice...

CONDE. Casi nada.—Oye. «Señor Conde: creyéndole tan caba»llero como amante, confío en que jamás tendré que »arrepentirme del paso que doy. Todos los dias le veo »desde el balcon de casa y todos los dias su vista me »fascina más y más. Deseo tener una entrevista con »usted para saber si su alma es tan simpática como su »figura. El criado con quien le envío esta carta me es »sumamente adicto y le conducirá á usted hasta mí; él »le propondrá los medios y la forma en que lo ha »de verificar. Si usted acepta me dará una verdade»ra satisfaccion, probándome de paso que tiene ani»moso carácter. Dispense usted mi exigencia en gracia »del inmenso cariño que para usted tiene, su apasio»nada, T. D.» T. D!... T. D! De quién serán estas iniciales? ¿Qué querrá decir?

JOSE. Otra! Pues bien claro es. Te den ó te darán cosa que no se te pierda.

CONDE. Á mí?

JOSE. Á tí, ya lo creo! No te fíes de esa carta ni de ese criado.

CONDE. Pero ¿á mí qué me puede pasar? Nada. ¿Yo qué puedo perder? Nada.

JOSE. Bueno, bueno; lo que quieras!

CONDE. Hagamos una cosa para mayor seguridad. Yo he mandado á ese criado á buscar un coche para que nos lleve á esa casa; tú nos sigues, y si ves que tardo mucho en bajar subes ó avisas á una pareja.

JOSE. Eso ya es otra cosa! Qué talento tienes!

CONDE. No quiero perder esta ocasion que tal vez nos proporcione dar un buen sablazo. Ea, vamos.

JOSE. Vamos, y Dios nos saque de donde nosotros nos metemos! (Vánse.)

ESCENA XXI.

CAROLINA, JUANA, D. POLICARPO y D. CÉSAR con un candelabro.

POLIC. La suerte está echada. El criado le hará dar una vuelta por la manzana de la casa y al momento le traerá aquí. Pronto sabremos á qué atenernos.

CAROL. Pero ¿usted cree que se dejará conducir en la forma que usted ha mandado?

POLIC. Tengo seguridad completa. Es mucho más fácil engañar á un pillo que á un tonto, porque los tontos se escaman y los pillos se confían más.

CAROL. Usted verá cómo se equivoca.

POLIC. Pronto saldremos de dudas.

CAROL. No me negará usted, suceda lo que quiera, que no hacemos bien en engañar á nadie.

POLIC. El fin justifica los medios. Ya no deben tardar mucho. —El que más me preocupa es el Criado, y á ese tambien le arreglarán si por casualidad quisiera prevenir á su amo.

CAROL. Insisto en que es muy imprudente lo que hacemos.

POLIC. Juana, por Dios, te encargo mucho cuidado. Finge bien la voz, que eso es lo importante.

JUANA. Descuide usted, señor; las mujeres fingimos muy bien con poco exfuerzo.

CESAR. Me parece que álguien viene.

POLIC. Recomiendo á todos mucho silencio. Ustedes aquí en este lado. (Señalando el rincon derecho de la decoracion.) Tú, Juana, aquí en el centro y mucho ánimo!

JUANA. Descuide usted.

ESCENA XXII.

DICHOS, el CRIADO 1.°, á poco el CONDE con los ojós vendados conducido por aquel á su tiempo; JOSÉ con un pañuèlo en la boca sujeto por los CRIADOS 2.° y 3.°

CRIADO 1.° Señor! Señor!

POLIC. Está ahí?

CRIADO 1.° Sí señor.

POLIC. ¿No sospecha nada?

CRIADO 1.° Nada absolutamente. Hemos dado la vuelta á la casa como usted mandó y ya está en el recibimiento. Á su criado José, que seguía el coche sin duda para prevenir al Conde, mandé al portero y á Juan que lo sujetáran y le tapasen la boca para que no consiguiera su objeto.

POLIC. Eres un gran muchacho! Conduce aquí al Conde y luego sube tambien á José con el mayor cuidado.

CRIADO 1.° Está muy bien. (Váse.)

POLIC. Ea, manos á la obra.—Juana, en tí confío.

CAROL. Será un bribon?

CRIADO 1.° Ya hemos llegado.

CONDE. Gracias á Dios. (Va á bajarse el pañuelo que le cubre los ojos.)

JUAN. No te quites todavía el pañuelo de los ojos, yo te lo suplico.

CONDE. Ah! Por fin oigo su argentina voz! Déme usted al ménos su mano y guíeme en la oscuridad á que me ha reducido su deseo.

JUANA. Tome usted.

CONDE. (Qué mano tan aristocrática!) (La va á besar y Juana se lo impide.)

JUANA. Sea usted juicioso.

CONDE. (Pues si no beso no sé cómo empezar!)

JUANA. Perdóneme usted, señor Conde, que le haya molestado haciéndole conducir hasta aquí de una manera tan in-

cómoda; pero soy muy miedosa y tengo mucha vergüenza de que usted me vea ántes de estar segura de su cariño, ántes de saber si usted me había adivinado ya.

CONDE. Y tanto como la presentía. Usted ha visto mi cariño en mis ojos: usted ha visto de qué manera tan asídua frecuentaba yo su calle para verla en el balcon.

JUANA. Sí, sí.

CONDE. Ya lo creo!—Vamos, déjeme usted que estampe un beso en su mano en prueba de perdon y confianza.

JUANA. Pero si usted no me conoce, ¿por qué me habla así?

CONDE. Porque mi corazon me dice que usted ha de ser su ídolo.

CAROL. (Infame!

POLIC. Silencio!)

JUANA. Y ¿no podría engañarse?

CONDE. No.

JUANA. ¿Y si fuera fea, vieja?...

CONDE. Tengo la seguridad de lo contrario. Pero veámoslo. (Intenta quitarse el pañuelo.—Durante este diálogo aparece José con la boca tapada con un pañuelo y sujeto por los Criados 2.° y 3.° sin pasar de la puerta del foro.)

JUANA. Espere usted un momento. Sea usted obediente.

CONDE. Lo soy y lo seré. No pretendo más que grabar su imágen en mis ojos para fijarla en mi alma para siempre!

JUANA. Dudo que sean verdad tan cariñosas palabras.

CONDE. Por qué?

JUANA. Porque sé que vive usted en casa de una viudita muy linda á quien dicen quiere usted mucho.

CONDE. Yo? Querer yo á aquella cursi con aquella facha y aquella cara?

CAROL. (Bribon!

POLIC. Chist!)

JUANA. Si dicen que es muy bonita!

CONDE. Qué ha de ser! Si tiene unos ojos hechos con punzon y una boca horrible! ¿Y el cuerpo? Bástele á usted saber que lleva media arroba de algodon en el hombro

derecho para disimular una joroba que tiene en el izquierdo.

CAROL. (Embustero!

POLIC. Juicio hasta el fin!)

JUANA. Vea usted, y á mí que me habían asegurado que estaba usted loco por ella.

CONDE. Oh! Se lo juro por mi honor. No la puedo aguantar, no la puedo sufrir, porque sobre ser fea es estúpida, sosa, necia é insu...

CAROL. Mal caballero, infame!

CONDE. (Se arranca el pañuelo de los ojos y rie como dando á entender que conocia la farsa: Á José le quitan el pañuelo tambien.) Já!... já!... já!... Qué chasco! Ustedes querían engañarme y he sido yo el que les ha embromado. Já!... já!... já!...

JOSE. Creí que me ahogaba!

CESAR. ¿Habrá mayor desvergüenza?

CAROL. Calle usted!

POLIC. Está usted cogido, amigo!

CONDE. Con qué yo no conocía esta farsa?—José!

JOSE. Qué?

CESAR. No prosiga usted!

CAROL. Váyase usted de esta casa!

POLIC. Á engañar á otra parte.

CONDE. Já! já! já!... Si usted me escuchara...

JOSE. Habla, habla: déjenle ustedes que hable.

CAROL. Á la calle!

CESAR. Vaya usted con Dios.

POLIC. Vaya usted con Dios!

CONDE. Les juro, señores...

CAROL. Fuera de aquí!

CESAR. Fuera!

POLIC. Fuera! (Váse el Conde.)

JOSE. Déjenle ustedes hablar, déjenle ustedes hablar.

CAROL. Y ¿para qué quieres que hable?

JOSE. Porque si habla les prueba á ustedes que tiene razon.

POLIC Y tú tambien lárgate á buscártelas á otra parte. Aquí

se acabó el momio!

JOSE. Ya me figuraba yo que por ese mal hortera me quedaría yo perdido!

CAROL. Cómo hortera?

JOSE. Sí señora. No es ni conde, ni caballero ni nada. No es más que un dependiente de una tienda de Zaragoza.

CAROL. De veras?

JOSE. Tan de veras, como que yo era el molendero de chocolate de aquella casa. Me trajo aquí engañado y me ha perdido, por ser yo bueno.

CAROL. No te apures. Te quedarás en casa á mi servicio. ¿Estás contento?

JOSE. Y tanto.

¿Y ahora tendré que seguir
la costumbre inmemorial
de que siempre en el final
un aplauso hay que pedir?
Pues yo no quiero decir
lo que todos, así pues,
hoy voy hacerlo al revés;
si la comedia te agrada
no pretendo una palmada...
deseo lo ménos, tres.

FIN.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
2	1	Amor y amor propio........	3	D. A. Alcon...........	Mitad.
4	2	El cielo ó el suelo—d. o. v...	3	Eugenio Sellés......	Todo.
4	3	El coronel Estéban..........	3	F. P. Echevarría....	»
4	3	Herencia forzosa—d. o. v....	3	A. Lopez Muñoz....	»
3	2	Honrar padre y madre—c. o. v	3	Juan J. Herranz....	»
2	3	La mejor conquista—c. o. v..	3	Juan J. Herranz.....	»
4	5	La primera cura............	3	Sres. R. Carrion y Aza...	»
9	1	La Vírgen de la Lorena-d. o. v	3	Juan J. Herranz.....	»
7	2	Los infelices—j. o. v........	3	Sres. Echevarría y Santivañes..........	»
8	4	No contar con la huéspeda...	3	D. A. Alcon...........	Mitad.

ZARZUELAS.

2	1	¡Aquí, Leon!..........	1	Sres. P. Dom.z y Rubio.	L. y M.
»	»	Arturo di Foncarrale........	1	D. J. Arimon.........	L.
4	3	Á sangre y fuego...........	1	Sres. P. Dom.z y Rubio.	L. y M.
3	3	Cada cosa á su tiempo........	1	Sicilia y Rubio.....	L. y M.
2	2	Dos viuditas.................	1	D. I. Hernandez.......	M.
		El que inventó la pólvora....	1	L. Bago y Arnedo...	L. y M.
4	2	Estudiantes y alguaciles... .	1	Mádan y Breton. ...	L. y M.
10	8	La cancion de la Lola.......	1	Sres. Vega, Valverde y Chueca..........	L. y M.
3	3	La mejor venganza..........	1	Ruesga y Rubio. ½	L. y M.
3	2	La palomita....	1	D. I. Hernandez.......	M.
		Las señoritas de Conil.......	1	Tomás Breton.	M
8	7	Los dominós verdes....	1	Alba y Hernandez...	L. y M.
2	1	Música clásica..............	1	Sres. Estremera y Chapí.	L. y M.
1	3	Perla.....................	1	D. Juan J. Herranz.....	L.
3	2	Programa para yernos.......	1	I. Hernandez.......	M.
2	2	R. R....................	1	Sres. Barranco, Valverde y Chueca........	L. y M.
»	»	Tres tipos y un topo.........	1	Blanco y Ruiz......	L. y M.
		Ya no hay Pirineos..........	1	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
3	3	¡Ya somos tres!......	1	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
		El juicio de Friné...........	2	Utrilla y Serrano....	L. y M.
		El Traviato................	2	D. Antonio Almeda....	L.
		Cibeles y Neptuno.	2	Ángel Rubio........	½ M.
		Madrid y sus afueras.........	2	Sres. Herranz y Chapí. ½	L. y M.
		Martes 13..................	2	D. A. Rubio.........	½ M.
»	»	Tigre de mar.............	2	Sres. Arnao y Zubiaurre	L. y M.
		Verso y prosa..............	2	Sres. Sta. Ana y Marqués.	M. y ½ L.
8	4	Dos huérfanas..............	3	Pina Dominguez y Chapí..........	L. y M.
8	2	El corregidor de Almagro....	3	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
		Florinda............	3	D. Miguel Marqués.....	M.
5	5	Heliodora ó el amor enamorado.	3	Emilio Arrieta......	M.
5	2	La abadía del Rosario.........	3	Sres. Zapata y Llanos ..	L. y M.
		La guerra santa.	3	Emilio Arrieta......	M.
		Venganza de amor..........	3	José Casares.........	M.

NOTA. Ha dejado de pertenecer á esta Galería la mitad correspondiente al Sr. Fuentes del drama en un acto *Arte y corazon.*



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.